



AÑO DE 1028.

1.º

Los instantes son horas, las horas días, los días años para todo el que tiene sus ojos fijos en el dudoso porvenir, de igual modo que el que se ocupa de lo presente, el joven que disfruta los favores de su dama se imagina que el trascurso del tiempo es mas rápido que el atrevido vuelo del águila. ¡O tiempo! jamas has visto al hombre postrado delante de tí, jamas te ha rendido ninguna ofrenda en accion de gracias: algunas veces escuchas varias súplicas, y las mas, injustas acriminaciones de los mortales. Tú empero no alteras tu magestuoso curso, tú trascurre con el paso de las divinidades. Contra tí al presente lanzan imprecaciones dos hombres, por tí se agitan é inquietan.

Llenos de impaciencia y ya casi desesperados, aguardaban D. Rodrigo y D. Diego Vela á su tercer hermano D. Iñigo: el día antes habia salido de Leon con una comision de aquellos, le esperaban al amanecer del día siguiente en que habia partido, y sin embargo el vecino reloj de sol marcaba mas de las tres de la tarde y todavia no parecia.

¿Qué puede detenerle de este modo? Dijo D. Rodrigo: no lo alcanzo. ¿Habrán sospechado de él? ¿Le habrán prendido? — ¿Y por qué? Respondió D. Diego. Ninguna causa existe para que se apoderen de su persona; ningun documento lleva que le pueda com-

prometer; nuestro proyecto nadie lo sabe mas que los tres, y cada uno de nosotros cuidará bien de revelar tan importante secreto. Ademas, el conde D. Garcia sino tiene motivos para apreciarnos, tampoco nos aborrece. Acaba de indultarnos y debe suponernos agradecidos. ¡Agradecidos! ¡Agradecidos! dijo Don Rodrigo frunciendo las cejas y dando á su rostro un aspecto infernal, me acuerdo todavia de los ultrajes de D. Sancho: jamas se podrán borrar de mi memoria. — Calla, replicó su hermano: ¿oyes el galope de los caballos? ese es Iñigo. — No hay duda: el es: dijeron los dos despues de asomarse á la ventana.

A pocos instantes se presentó D. Iñigo cubierto de sudor y polvo; apenas podia respirar de fatigado; aunque lo deseaba no podia hablar. Tomó asiento, y despues de serenarse un poco dijo. Mañana llegará Don Garcia, conde de Castilla, le acompaña una numerosa escolta; el rey D. Sancho de Navarra, y los hijos de este D. Garcia, D. Fernando y D. Gonzalo. Su acompañamiento parece un lucido ejército, y lo es tanto, que sin interrumpir su camino han sometido el castillo de Monzon cerca de Paléncia, y todos los demas pueblos de la comarca sublevados por el conde Fernan Gotierrez.

¿Le han rendido! dijo D. Diego poniendo los ojos en el cielo y cruzando los brazos sobre el pecho. — Se ha rendido: respondió D. Iñigo. ¡Cobarde! esclama-

ron los dos hermanos.—Mas aun tengo que añadir otra cosa, otra cosa que me parece os deberá tranquilizar; oid. D. Garcia se ha adelantado desde Sahagun con muy pocos de los suyos, quiere sorprender á Doña Sancha, darle un abrazo de amor antes del dia de su boda.—Calle. ¡Qué griteria! ¿Escuchais? Apenas se perciben las voces; ¿Qué puede motivar este alboroto? ¿No veis cuál se agrupa la gente hacia aquel punto?—Se divisa un hombre á caballo acompañado de soldados.—¿Qué veo? es el conde, el conde. Sí, miradle. ¿Le distinguís? Efectivamente él es, él es, dijeron con júbilo los tres hermanos. Ya la ciudad por todas partes victoreaba á D. Garcia, todos saludaban al jóven monarca, todos gritaban ¡viva el conde! viva el conde se escuchaba por todas partes.

Es preciso que no nos detengamos en prestarle nuestro homenaje. Un instante bastaria para que todos fijasen sus miradas sobre nosotros. Unámonos inmediatamente á los demas grandes y nobles. Vamos á recibir á D. Garcia, vamos á demostrarle nuestro agradecimiento.

2.º

El conde D. Garcia era demasiado virtuoso, demasiado confiado para ser rey. *No era tirano.* Jamas llegó á dudar del amor de sus vasallos; por lo tanto comunmente se le via por las calles solo y sin escolta. El confiaba en la pureza de su corazon, y juzgaba que todos los corazones eran como el suyo. Esta idea le acompañó hasta el sepulcro; no tuvo tiempo para convencerse de lo contrario.

Al otro dia de haber saludado á Doña Sancha salió á misa á la iglesia del Salvador. Iba á implorar al Redentor le iluminara con su gracia para manejar con acierto las riendas del gobierno, y para poder hacer la completa felicidad de su reino. Dios leia sus intenciones, pero sus intenciones no llegaron á tener efecto. Varios asesinos le aguardaban en el umbral del santuario, y tan pronto como D. Garcia llegó á fijar en él su planta, un puñal alevoso se sumergió en sus entrañas. Apenas D. Garcia al caer revolcándose en su sangre pudo llegar á conocer al traidor, que aun despues de caido continuaba ensangrentando sus armas en su cuerpo; sin embargo, sus moribundos ojos se fijaron en D. Rodrigo Vela, en el mismo que le habia servido de padrino en la pila. Nada le pudo decir; el golpe habia sido tan certero, que espiró casi en el momento. Los hermanos de D. Rodrigo, afrentando las hazañas de sus ilustres antecesores, mas bien por saciar su rencor que por acabarle, tambien tuvieron las espadas que en otro tiempo pelearan en favor de los infieles, en el cadaver del monarca.

Esta infausta noticia llegó bien pronto á los oidos de Doña Sancha; inmediatamente sin que bastara nadie á contenerla, corrió al sitio regado con la sangre de su prometido. Fuera de sí, y frenética con el amor que le profesaba, se abrazó al cuerpo frio y exánime

de D. Garcia, besó mil veces su lívido rostro, y sus gritos desesperados llenaron todo el espacio. ¿Quién fuera bastante para arrancarla de aquel paraje? Sus oidos se negaron á la razon, y sus ojos dejaron de ver la luz á pocos instantes para siempre. Un beso de amor, un beso de desesperacion fue la última de sus acciones. La misma losa sepulcral cubrió á la vez los restos de D. Garcia y Doña Sancha. Sus huesos se depositaron en el monasterio de Oña.

Los asesinos huyeron de Leon; se refugiaron en el castillo de Monzon, creyendo hallar un protector en el conde Fernan Gutierrez que siempre habia odiado á los condes de Castilla; pero este en médio de su odio no podia aprobar el regicidio. Siguiendo los impulsos de su corazon y la voz de la conciencia, los entregó á la justicia, y D. Rodrigo y sus hermanos espieron su crimen, despues de ser probado legalmente, muriendo en la plaza pública en médio de la hoguera.

BATALLA DE NAVARINO.

SEGUNDO ARTÍCULO.

En las causas mas justas y sagradas hay siempre accidentes que las degradan.

La batalla de Navarino que tan favorable fué á la causa de los griegos, no los retrajo de continuar sus imprecaciones contra el comercio de Europa en los mares de Levante, y convertidas todas sus embarcaciones en piratas, atacaban á todos los navios amigos ó enemigos, los saqueaban y se distribuían impunemente el beneficio inmenso de su pillage. En Egina y en otros vários puntos se establecieron comisiones ó tribunales que juzgasen la validez de sus rapiñas, pero lejos de encontrar en ellos unos jueces verdaderos, hallaban sus protectores y muchas veces sus aliados. Con este motivo se hicieron representaciones muy enérgicas, y los almirantes Codrington y Ryguí se dirijieron al gobierno de Egina quejándose de las odiosas pirateiras de los griegos, en el momento mismo que las flotas aliadas acababan de proteger su causa.

Entre los sucesos de esta época se encuentran rasgos muy gloriosos para los anales de la historia, dignos solamente de los tiempos de la antigüedad; pero al mismo tiempo la accion de Bisson contribuye á eclipsar su gloria y deshonar la regeneracion de la Grécia: sin embargo, no es justo atribuir al espíritu general de un pueblo toda la responsabilidad de un hecho esclusivo de algunos piratas.

La corbeta francesa *Lamprea* se hallaba en el mes de octubre hacia las costas de Syria, y logró apoderarse del navio griego *Panayoti*, con mas sesenta y seis hombres que llevaba de guarnicion. Inmediatamente fué conducido á Alejandria, donde fué reconocido por una infinidad de embarcaciones que habian sufrido el rigor de sus rapiñas. Colocados los priso.

neros á bordo de una fragata y custodiados por Bisson y quince de sus marinos, se dirigian al Archipiélago cuando un récio temporal los separó de su intento la noche del 4 de noviembre, y los obligó á hacer alto en la isla de Stampalia.

Dos de los prisioneros griegos que habian logrado arrojar á nado, llegaron á ganar tierra, y uniéndose á varios de sus compañeros, se dispusieron para atacar á Bisson, y rescatar á los prisioneros que éste custodiaba. Bisson se preparó con su gente para una defensa vigorosa, y resolvió hacer saltar el navio si se veía atacado por los piratas.

Serían las diez de la noche cuando, á pesar de la oscuridad, se distinguieron dos embarcaciones que en medio de los mas espantosos gritos de venganza se dirigian hácia ellos. Eran dos misticos griegos con sesenta ó setenta hombres cada uno. Apenas llegaron á una corta distancia cuando Bisson ordenó á su mosquetería que hiciese fuego contra ellos, al que respondieron con otro muy vivo de fusilería, y despues de una tenaz resistencia, dirigida por Bisson con el mayor valor, quedaron muertos nueve franceses é invadido el puente.

Este aunque herido, logró desasirse de algunos griegos que le tenían amarrado, y llamando á Trementin, su segundo, que todavía se estaba batiendo, le dijo con el acento del dolor y la desesperacion: "Piloto, esos piratas son dueños de la embarcacion, y tienen ocupado el puente, ahora es el momento crítico de morir ó terminar con gloria esta contienda." Inmediatamente se colocó en la tilla de la antecámara, ocultando en su mano izquierda una mecha, ordenó á Trementin que los franceses que quedaban todavía en el navio se salven arrojándose á nado, y apretándole la mano esclama: "á dios piloto: voy á terminar mi existencia." Algunos segundos despues, se vió saltar el navio. A la mañana siguiente se encontraron en la ribera tres franceses muertos, y mas de setenta cadáveres griegos, que fueron una prueba de que la resolucion heroica de Bisson habia llenado completamente su objeto.

Un rasgo tan generoso escitó toda la admiracion de la Francia, y formó un contraste singular con el carácter de los piratas griegos que empañaban de este modo la gloria de su nombre y la causa de su patria. El reconocimiento público se manifestó con el mayor entusiasmo: todos los diarios de la capital y de los departamentos se apresuraron á dar un justo tributo de alabanzas al valor de Bisson. En Lorient se mandó acuñar una medalla que eternizase la memoria de este hecho, y en Tolon se abrió una suscripcion para erigir un monumento á la gloria de este oficial. A su hermana se le concedió por una honrosa escepcion, una pension correspondiente á la viuda de un vicealmirante, á pesar de que las leyes no conceden gracia alguna á las hermanas de los empleados en el servicio de la marina.

Bisson era natural de Guemena, y desde su ju-

ventud se habia dedicado al servicio de la marina. Apenas concluyó sus primeros estudios cuando en 1811 se embarcó en una goleta destinada á proteger convoyes. Despues de haber navegado en ella cerca de ocho meses, entró de alumno en la escuela particular de marina, establecida en el navio *Tourville*, donde adquirió una instruccion sólida, y aprendió aquel espíritu de orden y disciplina que constituyen un buen marino y un buen oficial. Su actividad, su trabajo y la rapidez de sus juicios formaron la base de su carácter, y llegó á salir uno de los mejores discípulos.

En marzo de 1816 se embarcó, como aspirante de primera clase, en el navio *Huron*, é hizo á bordo de éste una campaña de diez y nueve meses consecutivos. A su vuelta pasó á la gabarra *Zelosa*, en la cual corrió los mares y visitó las costas de Africa y de América. En marzo de 1821 fué promovido al grado de alferéz de navio, cuyo grado conservaba todavía á su muerte.

En cuanto al piloto Trementin, fiel á su juramento, hizo saltar el navio, pero fué mas feliz que su oficial, y conservó su vida aunque quedó bastante maltratado. El rey para recompensar su conducta firme y generosa, le nombró caballero de la legion de honor, con el grado de alferéz de navio, y el ministro de marina le hizo donacion de una espada que recuerda la accion gloriosa en que tanta parte tuvo su denodado valor.

A LA MUERTE DE LA SEÑORITA ***

Yo, yo un día mas dichoso
amante y correspondido,
cantaba en arpa dorida
la hermosura de mi amada,
los favores de Cupido,
sin cesar;
mas ahora desdichado
que solo y triste me veo
faltando Luisa del mundo
mi placer y dicha fundo,
hallo mi único recreo
en llorar.
Aun la escucho, si aun resuena
su acento último en mi oido.
"Son las ocho, á las diez muero
dijo, pero de tí espero....
he dicho mal, no, lo pido,
y lo haras,
que no al pesar te abandones,
que conserves tu existencia,
dame tan dulce consuelo,
prometémelo... en el cielo
del Dios justo en la preséncia
me veras.
Tú mis pálidas cenizas
recoge... y... sobre... mí losa...
inscribe... muero y... la voz..."
Luisa! ¡Luisa! suerte atroz,
en el olimpo reposa.
Ya murió.

¿La existencia me encargaste?

¿Y deberé conservarla?

¿Hice tan fatal promesa?

No la hice, no, la huesa...

Pero es preciso agradecerla.

Lo mandó.

Vacio inmenso me cerca,

nádie en mi torno respira

¡Qué silencio! ¡O Dios elemento!

A tan misero viviente

con benignos ojos mira,

por piedad.

Acceñe, escucha mis preces,

y si tan feliz yo fuera

que muerte pronta lograra

sumiso reverenciara

y cual nunca bendijera

tu bondad.

¿Cuál ya será mi consuelo?

Luisa, visitar tu tumba,

esparcir sobre ella flores,

recordar nuestros amores

y si el Bóreas fuerte zumba

al redor,

de los erguidos cipreses

lúgubre cancion de muerte

un día y otro me oirá,

y siempre trasmittirá

mi único anhelo de verte,

mi dolor.

A. G.

DE LA ARQUEOLOGIA.

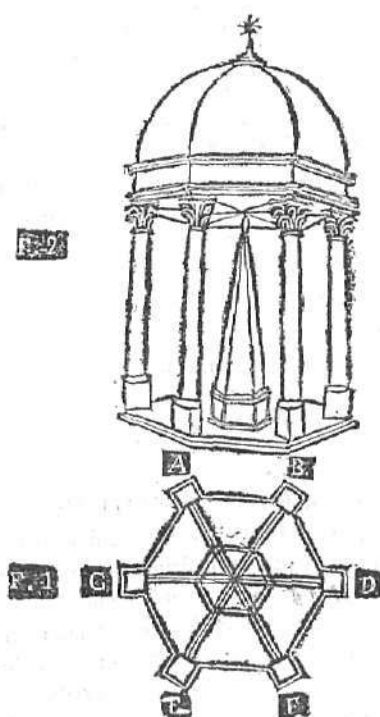
El estudio de los monumentos y la investigación del origen de los usos y costumbres antiguas no son de invención moderna. El hombre tiende naturalmente á investigar el significado y causas de la erección de aquellos monumentos, que por su antigüedad se ha perdido toda memoria, y el modo y época en que se introdujeron ciertos usos y ceremonias, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos. El mismo espíritu que nos impele hoy á descifrar el significado de los monumentos dejados por aquellos que llamamos antiguos, movió á ellos mismos, en sus días, á investigar las memorias de los que habian florecido muchos años antes. Erodato, Diodoro y Plutarco concretaron sus estudios á la Siria, á Egipto y otros países orientales; Pausanias y Ateneo á la Grécia; y Varron y Dionisio de Alicarnasio á la Italia y Roma. El campo sobre que caminaron los citados escritores, fue el de la arqueología, y por este se deduce con razon la consecuencia de no ser esta una ciencia nueva, sino que lejos de esto ha tenido prosélitos hasta en la mas remota antigüedad. Los *Exegetas*, frecuentemente mencionados por Pausanias diciendo eran los que explicaban la antigüedad municipal por las ciudades de la Grécia, corresponden estrictamente á nuestros anticuarios, verificándose en esto como en todo el dicho del sábio: "*Nihil sub sole novum*." No se trate asegurar por esto que tuviese la arqueología en los antiguos tiempos las formas regulares de ciencia que hoy, pues estas no se la han dado ni aun los modernos hasta estos últimos tiempos. En esta época, por lo vasto de la ciencia, no solo se redujeron todas sus partes á un solo cuerpo, sino que se hicieron otras tantas

ciencias diversas, que se califican con el genérico nombre de antigüedades, bajo el cual se entiende la topografía y costumbres, la mitología, la lapidaria, la numismática &c. De estas partes las primeras que se cultivaron fueron la topografía y la mitología; porque la lectura de las antiguas historias, y las vastas ruinas de Roma y de otros pueblos, invitaron á los ingenios á indagar el nombre de las localidades, resto ilustre de memorables obras, y revolviendo los volúmenes de los poetas antiguos, les condujo á internarse en el laberinto de las genealogías celestes y del caracter de los dioses. Casi al mismo tiempo el progreso de las bellas artes, hizo gustar de los monumentos antiguos, los que sirvieron maravillosamente á la perfeccion de aquellas, incitaron á sacar otros de entre las ruinas que les cubrían, y de la multitud de los objetos descubiertos, se despertó el deseo de conocer su uso y significado. La condicion humana impedía en un principio resultados decisivos y malograba los esfuerzos y elevacion de los ingenios que se dedicaban á estos estudios; la crítica no caminaba á igual paso, y comunmente no se discernian los verdaderos monumentos, alterados por aquellos ó investigados por vil especulacion; jamas se publicaban con la precision que se requiere; en las discusiones una opinion era antepuesta á la verdad, y la escasez de luces y de una bien ponderada esperiencia, con el sobérbio deseo de decidirlo todo sin apoyo de documentos y de hechos, inducia á dudas y errores, en los que fluctuaba la ciencia deteniéndose en vez de progresar, de suerte que los monumentos en vez de ser aclarados caian en mas espesas tinieblas que aquellas de que habian salido. De este modo se pasaron los siglos xv y xvi á pesar de su riqueza de ingenios en todos los ramos del saber humano, y que recuerda en ellos la arqueología los nombres de Poggio, Bracciolini de Biondo, de Forlí, de Pompónio Leto, de Alejandro, los Alejandros, Andres, Fulvio, Marliani, Pamvini, Pighi, Fulvio Orsini, Goltz, Ligório y Natali-Conti, á cuyos siglos sin embargo se deben los modernos fundamentos de la ciencia, particularmente los de la numismática empezada en España por el celo y gusto de Alfonso el sábio de Aragon en el siglo xv, y escrita y explicada por el erudito arzobispo de Tarragona António Agustín en el xvi. El siglo xvii fue el preludio de mayor crítica y de progresos mas acertados y seguros; los estudios arqueológicos auxiliados con los nuevos socorros filológicos y de sucesivos descubrimientos de monumentos, tomaron mejor y mas regular forma á pesar de la decadencia de las artes, que son uno de los apoyos principales de nuestra ciencia. Viéronse ya entonces rivalizar con empeño en todos los vários ramos de ella Grutero, Nardini, Kircher, Spon, Fabbretti y Buonarroti, los cuales arrojaban las semillas de la sana crítica que debian dar un sazonado fruto en la siguiente edad. El siglo xviii empezó con faustísimos auspicios para la numismática, en la cual Vailant, Morelio y Spanhemio vencieron completamente á cuantos les habian precedido: el gusto en recoger monumentos antiguos que en el siglo xvi fue universal en España é Italia por los poderosos, pasó con mayor estabilidad á los gobiernos, que reconociendo la utilidad de la ciencia la protegieron por todas partes, creándose monetarios y gabinetes de antigüedades. Instituyéronse en Francia y en Italia academias para descifrar los antiguos monumentos, y se enviaron inteligentes eruditos á las tierras clásicas para recogerlos: Roma, centro de esta ciencia por los monumentos que aun conserva, dió el primer ejemplo de un museo público, abriendo uno en el capitolio, mereció á la munificen-

cia de de los pontífices Clemente XII, Benito XIV y Clemente XIII. Propagóse este ejemplo por toda la Europa, y en Roma misma movió á Clemente XIV á crear uno muy vasto en el Vaticano, ampliado y enriquecido después con todos los objetos mas preciosos de las artes antiguas por Pío VI. A ejemplo de los príncipes, se esmeraron los grandes, entre los que jamas se olvidarán en Roma un cardenal Albani, un príncipe Borghese y Stéfano Borgia, prelado y cardenal de la santa iglesia. Para llenar estas inmensas colecciones, no eran suficientes los monumentos antiguos ya descubiertos, sino que iba de aquí allí adquiriendo de los particulares; después se buscaron otros en las entrañas de la tierra, y bajo los cimientos de las fábricas antiguas; invocábase para esto el consejo de los sabios, y nuevas escavaciones se hacian, por las cuales salia por la ciencia esplendísima luz por todas partes: asegurábase el sitio de las ciudades antiguas, no bien cierto todavía; se descubria la iconografía y el uso de fábricas desconocidas: indagábase el sentido de las tradiciones teogónicas; aparecian utensilios conocidos solo por el testimonio de los clásicos: se determinaban con certeza las bases, sobre las que pudiesen decidirse muchos puntos de controversia: adquiria la ciencia diariamente aquel carácter de firmeza, precisión y evidencia, que la hacia brillar al traves de las imposturas y falsas suposiciones de los anteriores siglos; y añadióse á esto el afortunado descubrimiento de Herculano y Pompeya, ciudades sepultadas por el vesúvio, las que conducian á los antiguos tiempos, á sus costumbres, y corregian el gusto de los adornos y utensilios. En esta reunion de circunstancias era deudora la ciencia á sus grandes reformadores Piranesi, Winkelmann, Ekkel, António Agustin, Velazquez, Florez y Gaetano Marini, hombres de elevadísimo ingenio, los cuales fundaron una nueva escuela, que sustituyeron la verdad y los hechos á los sofismas y á las conjeturas. En tanto el siglo XVIII tocaba á su fin en medio de portentosos acontecimientos, entre los que no fue el menor la expedicion á Egipto de los franceses, la que reportó inmensas ventajas á la arqueología; pues al decidirse positivamente la topografía de aquella tierra clásica, se recogian y dibujaban los monumentos que se publicaron después con la munificencia imperial, propia del grande injenio del siglo. Con el mismo espíritu empezó el siglo XIX: nuevos museos y academias de arqueología se fundaban por do quier: creábanse por las universidades de Francia é Italia cátedras públicas para enseñarla, y se emprendieron nuevas escavaciones, solo para hacer conocer el clásico suelo de Roma. Sin embargo, faltaban elementos para este estudio, cuando en estos últimos años Juan Bautista Vermigliosi, profesor de arqueología en Perugia, dió á luz sus lecciones elementales en 1822 y 23, en dos volúmenes en 8.º Sucedió á esta la obra mas completa y voluminosa de Tomás Dudley Fosbroke, impresa en Londres en 1825, en dos volúmenes en 4.º, enriquecida con bellas estampas con el título de *Encyclopædia of Antiquities and Elements of Archaeology*, y esta fue seguida por la titulada: "Resume complet d' Archeologie, per Champolion Figeac", impresa en Paris, en dos volúmenes, dedicadas á la memoria de Albino-Luis-Millin, restaurador de los estudios arqueológicos en Francia al principio del actual siglo. Estas tres obras y el Manual de literatura antigua del alemán Eschenburg, son las solas que siguen métodos para este estudio; pero ninguno mas á propósito para estudiar, que la obra titulada: "Elementi di Archeologia ad uso dell' Archiginnasio Romano di António Nibby, un volumen en 4.º, impreso en Roma en 1828. Este profesor de arqueología divide esto

elementos en 24 lecciones, escritas con mucho tino y precisión, de las cuales nos hemos valido para este ligero bosquejo de la ciencia.

Al abrir esta seccion arqueológica en nuestro periódico, no es nuestro ánimo el dar lecciones elementales de la ciencia, sino el publicar las preciosas antigüedades inéditas, existentes en el museo de ellas de la biblioteca nacional, y otros establecimientos públicos y privados de esta corte, entre los que daremos la preferencia á los de la edad media, que parecen interesar tanto en esta época romántica, y que bien lo merecen, por ser ellos los mas próximos á nuestros dias y menos conocidos, aunque mas interesantes; pero al hacerlos conocer artísticamente, no dejaremos de manifestar sus usos, aplicándolos á las costumbres actuales, por lo que vendrémos á demostrar, que nuestros usos y costumbres presentes no son en la mayor parte, mas que el remedo de las antiguas.—B. S. C.



Palacio magico.

Sobre el plano exágono A B C D E F (f.) que servirá de base á este palácio, se trazarán seis semi-dímetros G A, G B, G C, G D, G E, G F; colóquense verticalmente sobre cada uno dos espejos planos muy delgados respaldados uno con otro y cortados en visel hacia el punto de union reuniéndolos todos al centro G. (1) para formar una abertura cuyo ángulo será de 60 grados. Los puntos exteriores y correspondientes á los ángulos producidos por la reunion de cada dos espejos deben decorarse con una columna, con el objeto no solo de figurar el palácio sino tambien para fijar los espejos por medio de una muesca practicada

(1) Véase el plan y perfil adoptados para la figura.

en la parte interior de cada columna. Este edificio debe estar cubierto con una cúpula dispuesta de una manera conveniente.

Por otra parte se preparan diversos objetos en relieve sobre cartón representando seis cosas distintas que sean susceptibles de producir un efecto grato á la vista describiendo una forma exágona; en cada uno de los seis espácios triangulares, que forman la disposición de los dos espejos, se colocarán seis de estos objetos variados cuidando de pegar encima del punto de union de las dos lunas alguna cosa análoga á los objetos que se han puesto en ella. El efecto de esta combinación será tan sorprendente como bello pues mirando á una de las seis aberturas dispuestas entre las dos columnas de este palácio mágico se creará ver todo el interior lleno de los objetos que se han colocado en ella porque serán seis veces reflejados por los espejos. De modo que si se ha colocado por ejemplo una cortina y dos semi-baluartes con algunos soldados, se verá una ciudadela flanqueada por seis baluartes con su guarnicion sobre la muralla; lo mismo sucedería con una galeria adornada de cuadros, una sala de baile &c. Inútil será decir que en cada uno de los demas ángulos del palácio se goza de nueva ilusion y que se puede por decirlo así representar en él, una parte de la historia de la vida humana. Se puede por ejemplo mostrar en un lado, una ciudadela, en el otro un combate, en el tercero un bosque, en el cuarto un baile, en el quinto un festin y en el sexto un hospital.

CUENTO.

E.º

Toda la atencion pública de Madrid la habia fijado un objeto singular, una jóven que todos los dias aparecia á los ojos de los entusiastas madrileños con nuevos atractivos, con nuevas gracias y perfecciones; algunas veces semejante á las divinidades de la fábula, no la bastaba el templo de la gloria para recibir los holocaustos de sus adoradores. Todos los hijos predilectos de Apolo habian pulsado en su obsequio sus acordes liras, y los que menos afortunados no podian pulsarlas, los que se veian privados de ensalzar con sus cantos los hechizos de su ídolo, se contentaban con tejérlela frescas guirnaldas y se envanecian en arrojarlas á sus plantas. Este objeto de admiracion, este ser privilegiado de la naturaleza se distinguia con el nombre de Margarita. Era una célebre artista, era la intérprete de Talia. Jamas el público habia admirado una figura mas perfecta, un rostro mas encantador, unas miradas mas irresistibles; jamas habia experimentado un enagenamiento mas extraordinario, ni habia hasta entonces dudado entre la ficcion y la verdad.

En el prado, en los bulliciosos bailes de Apolo y las Delicias, semejante al padre de la luz, eclipsaba el brillo de las demas hermosas, y todos los jóvenes se tenian por dichosos al estrechar su mano de alabastro ó ciñendo con su brazo su delicada cintura en una mazourka ó galop. Sin embargo, uno mas que ningun otro

la obsequiaba, uno entre tantos habia recibido una sensacion mas profunda, uno habia sentido latir su pecho con mayor vehemencia. Uno solo se podia decir que deliraba por ella.

En la calle de Margarita se habian escuchado serenatas que habian durado toda la noche; en sus balcones se habian depositado obsequios y regalos de valor que Margarita habia desechado, y en los mismos siempre se encontraban billetes amorosos firmados por una misma persona, por Fernando. Este jóven parecia la sombra de Margarita, su angel custodio: por todas partes la seguia, por todas partes se encontraban los ojos de Margarita con los de su rendido adorador. Si aparecia en la escena no variaba sus gemelos del sitio que ocupaba Margarita. Siempre que Margarita se presentaba en su balcón, Fernando paseaba su calle, unas veces á pie otras caracoleando con su caballo.

Entretanto una hermosa se resentia del desvío y falta de cariño de Fernando, otra hermosa seguia los pasos del amante de Margarita, ya que no personalmente por no serle propio ni decoroso, por medio de un hombre mercenario que la servia con fidelidad. Luisa recibia todos los dias noticias circunstanciadas de los pasos que su desleal amante daba, y en su retirado aposento se entregaba á todos los trasportes del dolor.

Fernando un dia llegó á creerse el mas feliz de los mortales; habia recibido una cita de Margarita, habia conseguido fijar la atencion de su hermosa, y lleno de júbilo y orgullo, nada veia en el mundo mas que la imagen de su nueva amante. ¡Con cuánta impaciencia aguardaba Fernando la hora de su dicha, la caída del sol, la hora del teatro, allí la debia ver, allí era el punto de su entrevista. Su reloj marcaba las cinco; dos horas faltaban todavía, en este tiempo quiere dar á su persona todo el realce de la elegancia. Puesto en frente de su tocador compone su rizado cabello, consulta el traje mas de moda y lleva los diges de mas gusto. La hora de las siete se acercaba, él no pretendia oirla en su casa, media hora antes se puso los guantes, tomó su baston y sombrero. Iba á salir y al mismo tiempo le detiene su criado diciendo, en este momento acaban de traer este billete y exigen contestación.

Fernando lo abre con una precipitacion extraordinaria, ¿será de Margarita? dijo, miró la firma, pero no la halló. ¡Anónimo! leamos:

"Un caballero necesita pedir á vd. una satisfacción, satisfacción imposible de hallar sino con la muerte de uno de los dos: al efecto le aguardo á vd. en el cerro de S. Blas á las siete en punto. Armas, la pistola."

Apenas creia lo que acababa de leer, pero Fernando era valiente, su honor lo anteponia á todas las cosas de la tierra; por lo tanto inmediatamente tomó la pluma y escribió estas palabras únicas. "A las siete en S. Blas. — Fernando."

2.º

Los momentos eran preciosos; Fernando necesita-

ba un amigo que fuera testigo de su valor y padrino suyo; en el instante despues de tomar sus armas, corrió á buscarlo. Casi á la salida de su casa se encuentra con uno de toda su confianza, le dice que le necesita, y sin mas dilacion marchan los dos conformes al paraje señalado para el duelo. Presurosos suben al alto cerro y cerca del sitio en que pocos años antes dos jóvenes espieron su falta, siendo arcabuceados, distinguieron un bulto embozado, se aproximaron á él y Fernando le preguntó.

¿Esperais á alguno?

El embozado contestó afirmativamente con la cabeza.

¿Es acaso á Fernando?

Otro movimiento igual recibió por respuesta.

Yo soy.

Entonces el embozado sacó una mano por debajo de su capa y presentó un par de pistolas. Fernando tomó una y en seguida volvió á preguntar.

¿Y vuestro padrino?

A esta pregunta recibió por contestacion un papel. Esto es singular, dijo el padrino de Fernando. Tu adversario se ha propuesto callar, ¿y como leer este papel?

El embozado estendió un brazo hácia la puerta de Atocha, allí se veia una luz; tal vez quiso indicar que allí le podian leer y tanto mas lo creyeron los que acababan de llegar, cuanto que el misterioso personaje tomó asiento sosegadamente en una de las piedras que allí habia.

En este concepto Fernando y su amigo se dirigieron apresuradamente á la puerta de Atocha y al reflejo de la luz que le habia marcado el embozado, leyeron escrito con lapiz.

"Mi padrino se ha retirado malo. Nuestro combate no se puede dilatar. La muerte de uno de los dos es indispensable. Nada me preguntéis porque á nada contestaré. A la distancia de 10 pasos y á la voz de vuestro padrino caerá Fernando ó su rival."

Ya conozco al que te desafía, dijo el amigo de Fernando ¿sabes quien es? Indudablemente, ese ingles es trafalario que sin duda trata de hacerse memorable por sus estravagancias. Dime ¿obsequiaba á Margarita? Fernando recapacitó unos momentos y luego dijo: sí, él es, él es, no hay que dudarle y aun creo... Efectivamente, uno de los dos debe de morir; su pasion ignala á la mia, ó él ó yo.

Exaltado y enardecido con esta idea sube otra vez presuroso al sitio en que le aguardaba el presunto ingles. El embozado estaba de pie, la pistola la tenia en la mano; el amigo de Fernando midió la distancia, dió la voz, el plomo silvó y el embozado cayó en tierra.

Con voz apagada se le oyó pronunciar algunas palabras cuyo sentido no llegaron á comprender. Fernando quiso reconocer por fin á su rival, creyó que necesitaba de su amparo y fué á él: estrechó la mano que el moribundo le ofrecia; pero ¡ó Dios! ¿que mano es-

trechaba Fernando! La desesperación se apoderó de él. Una sola palabra pronunció.

¿Luisa! ¿será posible! ¡eres tú!!

Sí Fernando yo... te... que...ria y... me... matas.

No dijo mas. Los hermosos ojos de Luisa que pocos dias antes eran la admiracion del mundo, se fijaron en la luna testigo de su catástrofe y dejaron de ver para siempre su brillante disco.

Fernando montó entonces precipitadamente una de las pistolas que traia y aplicándola sobre su sien cayó tambien exánime al lado de su apasionada Luisa.

LETRILLA.

Tú miras mi pecho
mortalmente herido,
y cuanto he sufrido
bien mio por tí;
en llanto deshecho
bañado el semblante
loco delirante
¿Y aun dudas de mí?

Mortíferos celos
turban mi ventura,
debo á tu hermosura
fatal frenesí.
¿Y en vanos recelos
fluctuas amada
cruel y obstinada?
¿Y aun dudas de mí?

Cuando á oírte llevo
decir cariñosa
con tu boca hermosa
un "Te quiero, un sí,"
ves que sacro fuego
frenética llama
del amor me inflama
¿Y aun dudas de mí?

En florido prado
que tétrico piso,
la rosa diviso,
jazmin y alelí:
jamás he gozado
con verlas recreo,
solo en tí le veo
¿Y aun dudas de mí?

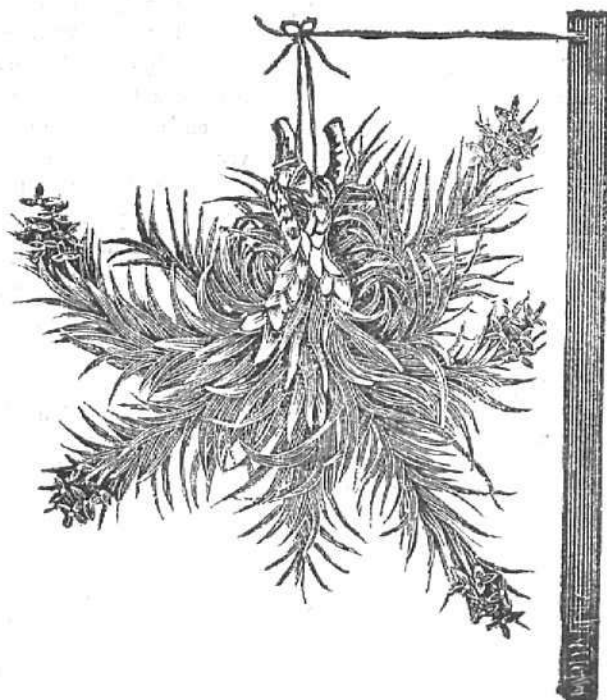
En vano á mi vista
se ostentan las bellas,
que á una sola de ellas
á tí me rendí;
ninguna conquista
mi firme alvedrio,
ni el corazon mio
¿Y aun dudas de mí?

Dices que mi lira
por tí no he pulsado,
¿pues quien ha inspirado
mis canciones, dí?
Si mi sien se mira
de mirto adornada,
es por tí adorada
¿Y aun dudas de mí?

Jamás con mi mano
sus cuerdas hiriera
si amante no fuera
hermosa de tí.

Por tanto á tí ufano
mis versos dedico,

y en premio suplico
no dudes de mí.



AMALIA 6 ARESINCOLA.

Esta planta vejeta sin el auxilio de la tierra, pues vive suspendida de un cordon como representa la lamina; su sustento lo estrae unicamente de la atmósfera para lo cual en la superficie de las hojas está provista de unas papillas absorbentes, pareciendose aquellas á una lima fina cuyos organos son los que absorviendo el aire lo descomponen nutriendose de las partes que le son mas propias: en ella se observa que en tiempo seco y caluroso se entristece presentando su tegido paranquimatoso un aspecto de decadencia y un verde garzo; pero en los tiempos de lluvias, tempestad y grandes tronadas, cambia enteramente su aspecto; entonces se presenta risueño, aviva su verde, los organos de absorcion de que hemos hablado se engruesan, presentando en todas sus partes la ambicion de saciarse de aquel alimento de que por tanto tiempo ha estado privada: esta trasformacion es seguramente debida á lo sobrecargada que en aquellos momentos está la atmósfera de electricidad, fluido cuya influencia es tan poderosa para la germinacion y vejetacion, como lo acreditan los recientes ensayos hechos por los mejores botánicos y químicos.

Florece en abril sus flores, duran de ocho á doce dias, estas son de un cersileas, el pedunen lo comun es de un hermoso color de rosa provisto en toda su longitud, que es de dos pulgadas poco mas ó menos de bractees del mismo color que envuelven las flores sirviendo de calvi.

En mayo echa los tallos nuevos y estos son acsiolares.

La primitiva planta existe en el jardin Botánico de Barcelona que la adquirió en una testamentaria: otras dos que se conocen, estan en poder de dos sugetos de aquella capital.

En 1826 trató el Doctor D. Juan Francisco Baso, catedrático de Botánica, de clasificar y darla nombre, consultó al efecto con algunos botánicos, los que contestaron no lo habia sido y que por consiguiente carecia de nombre: á consecuencia de esto el citado profesor acordó dedicarla á la memoria de la reina Amalia, estableciendo un jénero en este nombre, y para el específico adoptó la circunstancia de vivir en el aire por lo que la denominó Amalia Aresincola.

En 1835 se trajo una á esta corte por un aficionado; pero tan luego como principiaron los frios enfermó paralizandose enteramente su vejetacion, pues que llegada la época que la naturaleza la tiene marcada para desplegar su tálamo nupcial no lo verifico, por lo que fué preciso quitarla de este clima para evitar que pereciese.

Algunos la han equivocado con la Bonaparte Josefina, pero difieren mucho entre sí; en Barcelona le llaman el clavel del aire, nombre arbitrario que le pusieron por carecer de la determinacion botánica.

NOTA. En el número próximo se acompañará una litografía.

EDITOR RESPONSABLE. R. SOLA.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA
Calle del Leon, núm. 21.—MADRID: 1837.